

Agosto 2022 · Num 4
Donativo 5 €

Abarca

La colaboración es esencial
para revivir los pueblos



ARBETETA | ARMALLONES | EL RECUENCO | PEÑALÉN | PERALVECHE
POVEDA DE LA SIERRA | VILLANUEVA DE ALCORÓN | ZAOREJAS
HUERTAPELAYO | VILLAR DE COBETA | VILLAESCUSA DE PALOSITOS



FEDERACIÓN DE ASOCIACIONES ALTO TAJO

UN PATRIMONIO DE TODOS

Antonio Herrera Casado. Cronista Provincial de Guadalajara

Hace ahora 90 años que comenzaron las tareas de demolición (organizada, con todas sus piedras numeradas y clasificadas en esquemas y bases de datos) de la abadía cisterciense de Santa María de Óvila, uno de los pilares que la orden de San Bernardo, al unísono con la monarquía castellana de Alfonso VIII, puso en su avance repoblador, y junto al Tajo. Era Óvila (que antes había estado en Murel, por Morillejo, aguas arriba) el gran cenobio medieval del Tajo. Aunque más arriba se instalaron las monjas de Santa María de la Buenafuente, y más abajo los monjes blancos también de junto al Madroñal, en Auñón, que luego pasarían definitivamente a Monsalud en Córcoles.



El río Tajo, en su parte alta, de río naciente, y en su parte media, de camino sereno de aguas, ha sido durante largos siglos el eje de la cultura, la alameda que ha servido para conducir ideas, tendencias y logros. Todo ello cubierto hoy de la pátina de los siglos, aunque también con un palpitante verdor de novedad, que le mantiene vivo.

Desde que en los pradales de Fuente García, provincia de Teruel, el Tajo nace y se ve incrementado enseguida con las aguas del Hocesecca, va viendo surgir en sus orillas los elementos que hoy constituyen el patrimonio histórico-cultural que nos une. Las piedras solemnes de sus pueblos, monasterios, puentes y atalayas, argamasadas con el devenir de los sucesos históricos, conforman un Patrimonio de relevante entidad, con personalidad propia, que debemos conocer, y proteger entre todos.

En el recorrido que podríamos hacer de este Patrimonio que es de todos, y está en el Alto Tajo, fundamentalmente en la orilla derecha, que es la "cristiana", porque en la Edad Media, época de reconquista y de cambios continuos, los ríos eran las fronteras más definitorias, veremos algunas singularidades, especialmente relativas a los pueblos que forman hoy la Mancomunidad de Municipios del Alto Tajo.



Admiramos las orillas elevadas, los cantiles rocosos y las colonias de buitres, todo ello como patrimonio natural que se prolonga, sin descanso, por el Alto Tajo en ambas riberas. Los puentes que surgen, pocos y antiguos, son también esenciales en ese muestrario de bellezas arquitectónicas que tan bien maridan con el paisaje. Si cruzamos a la orilla izquierda, dos pueblos nos llaman la atención y nos permiten la visita sugerente. Es el primero Poveda de la Sierra, en cuya altura se manifiesta la belleza de su iglesia parroquial, de origen románico, en la que deslumbra su portada de arquivoltas de medio punto, con columnas rematadas en capiteles en los que la iconografía medieval se desarrolla a gusto: palmetas, acantos, arpías y vestiglos rumorean no se sabe qué consejas misteriosas. Por el término lucen las montañas entre las que los arroyos, que bajan al Tajo, cantan siempre la misma canción emocionante.

Y muy cerca Peñalén, en la que destaca sobre todo el caserío el edificio de su iglesia parroquial, obra moderna y reconstruida no hace muchos años, por ruina de la antigua. Se ha hecho conforme al estilo antiguo, que era románico rural, con portada semicircular de archivoltas que cargan en capiteles sin decoración, y torre de las campanas sobre el ángulo meridional del templo, que muestra, a pesar de su poco interés artístico, una bella estampa urbana sobre el caserío. El resto del pueblo, en pronunciada cuesta, da imágenes sensacionales, de pura tierra montañesa.

Por el puente de San Pedro, tradicional cruce de caminos entre las sierras alcarreñas y el Señorío de Molina, se escucha el río recibiendo las cascadas que le viene de su costado izquierdo, donde hubo conventículo de agustinos, reunión de anacoretas, muros de oraciones. Allí arriba permanece vigilante Zaorejas, en la que destaca la memoria viva, palpitante, de la Roma imperial a través del arco de su antiguo acueducto romano. Y siguiendo las aguas, hacia abajo, en Huertapelayo hay muchas cosas que admirar. Desde su gran Peña de la Calera y el Picayo al puente de la Tagüenza, camino de Huertahernando.

Pasando por el arco/túnel que hace años hicieron sus habitantes para permitir el paso de la carretera que desde Zaorejas les



comunicaba con el mundo, a la iglesia parroquial, pequeña y coqueta, en la que aún vemos alardes coloristas del mejor barroco rural. Cerca de esos lugares mantiene Villanueva de Alcorón, entre casonas a la antigua imagen del abrigo seguro, el recuerdo de sus factorías de vidrio artesanal.

Especial mención cabe hacer del monasterio cisterciense de Santa María de la Buenafuente del Sistol, (término de Villar de Cobeta) un emporio de historia y arte que surgió nada menos que en el remoto siglo XII. La fundación de este Monasterio, plenamente anclada en la Edad Media, pertenece a los canónigos regulares de San Agustín. Muy poco después de ser reconquistada la región al Islam, concretamente en la cuarta decena del siglo XII, ya se pusieron las miras del monarca castellano Alfonso VII en la raya del Tajo, para afirmarla por suya no sólo con castillos, sino también con monasterios. Mitad canónigos, mitad guerreros, recibieron terrenos en diversos lugares de la orilla derecha del río Tajo, y allí pusieron pequeños puestos (vigilancia y oración), de los que sólo este de Buenafuente llegaría a cuajar en auténtico monasterio.

Los otros, Alcallech, Grudes y el Campillo, nunca pasaron de pequeñas casas con huerta. El primer momento fundacional no puede asegurarse hasta 1176, en que leemos su primer documento conservado. En ese año, el señor de Molina, Pedro de Lara, les dona las salinas de Anquela. Más tarde aún, en 1226, don Gonzalo Pérez de Lara, señor de Molina, y su esposa Sancha Gómez, les donan un terreno labrado, con su molino, entre Anquela y Selas. Desde un primer momento, y por donación de doña Sancha Gómez, la fundadora, y de sus sucesores, Buenafuente se enriquece con donaciones de territorios, privilegios, casas y dineros.

De Buenafuente lo más interesante es el templo monasterial. En su origen, fue solamente una pequeña ermita que recogía en su seno a la fuente milagrosa (la Buenafuente) de uso muy anterior, y de culto quizás precristiano. Se situaba esta ermita junto al terraplén que hoy limita al monasterio por el norte, y se la puso una puerta orientada al norte y su cabecera o presbiterio hacia mediodía.

Pero el templo de Buenafuente se alzó definitivo y grandioso a partir de mediados del siglo XIII, cuando a él llegaron las monjas del Císter.



Hoy es emocionante entrar en el interior de su templo, medieval y vivo, escuchar los cánticos de las monjas, aspirar la honda savia de los siglos.

Y para terminar, el recuerdo a lo que dio pie, en su inicio, a este artículo, y que hoy apenas se mantiene entre la visión espectral de unas cuantas piedras y el recuerdo de lo que fue. Me refiero al monasterio cisterciense de Ovila, en la orilla derecha. Otro de esos enclaves, poderosos y desarrollados, desde sus originales apoyos por el rey Alfonso VIII y la Orden de San Bernardo, a los siglos de opulencia, cuando el monasterio era señor de gentes y tierras. La historia (de todos conocida) de su desmantelamiento, y venta al señor Hearst, norteamericano que tuvo el gusto de usar las piedras de esta abadía para montarse una piscina con caché en su mansión de California, dio para mucho. Entre otras cosas, para que el cronista Layna Serrano desvelara su historia entera, y acusara al Gobierno de la República de dejadez interesada en el proceso de su despiezamiento y transporte a Estados Unidos, donde al final nada, o casi nada, ha quedado de esta muestra del patrimonio alcarreño (de esta orilla eterna del Tajo) tan firme y definitiva.

En ese recorrido por las orillas del Alto Tajo, hemos tenido también ocasión de disfrutar de otros elementos patrimoniales que dan sentido al conjunto de esta tierra. Aunque dispersos sus pueblos, como perdidos en medio de los bosques, sin embargo en ellos late un sentido común, un destino que está al final de cualquier camino. Y por ello cabe recordar aún el castillo de Arbeteta, tan valiente y lozano en su altura pétrea; el cuajado brillo de los dientes clamantes en la portada de la iglesia de Armallones, que además luce un artesonado espectacular. Y en El Recuenco no olvidar su colección de cantiles, y sobre todo la enriscada ermita de Nuestra Señora de la Bienvenida, a la que es obligado subir en romería cuando toque. De Peralveche, y su anejo Villaescusa de Palositos, cabe insistir en sus recuerdos medievales (cuevas eremíticas de cuando los visigodos, e iglesia de la Asunción en plena Edad Media). Todo ello conformando un espacio vital, natural y patrimonial al que convocamos para conocerlo, para caminarlo con pausa y buen mirar.



Abarca N° 4 | La colaboración es esencial para revivir los pueblos | Agosto 2022